

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de Centro América.

Año VI ||

San Salvador, Centro América — Junio de 1951

|| No. 50

ORIENTACION

¿A dónde va Inglaterra?

El mundo se alista bajo dos banderas. Esto es manifiesto. Una acoge a los defensores de la civilización occidental, de la libertad y de la dignidad humana. Bajo la otra militan los materialistas, los sindióis, los conculcadores de los derechos del hombre. Los primeros sin embargo están en desventaja. Porque, mientras los segundos, se cierran apretadamente formando un bloque compacto y disciplinado, bajo una sola voluntad y bajo un solo mando, aquéllos andan divididos, sin entenderse, tirándose los trastos a la cabeza, perdiendo el tiempo en bizantinismos, y todo esto con gran contento y provecho de los dueños del Kremlin. Bajo la bandera del Occidente no hay un lema definido, valiente y categórico, como lo hay en la bandera del Oriente. Esta posición puede acarrear consecuencias desastrosas.

Nuestra información para este comentario procede, principalmente, de las agencias noticiosas internacionales, y de la observación atenta de las diversas actitudes que, en los diversos cónclaves mundiales, van tomando los hombres del Laborismo.

De estas observaciones se puede deducir, con bastante seguridad, que el Laborismo inglés está en crisis, que le impide tomar posiciones enérgicas y concretas en los graves problemas que a cada paso se le van presentando.

Fluctúa como si se viera obligado a contemporizar con intereses encontrados.

¿Hacia dónde va Inglaterra? Es difícil pronosticar los rumbos que en política internacional sigue la rubia Albión. Casi todo el resto de las naciones libres del mundo aparece bien orientado y con meta fija en sus aspiraciones.

La posición ambigua del Indostán, antiguo feudo colonial inglés, se explica con sólo mirar su posición geográfica en el mapa mundial. Los ejércitos rojos están a sus puertas. Hay que contemporizar con ellos, incluso transigir con ellos, por lo que pueda venir. Este es el motivo de los esfuerzos que hace la India por emplear, hasta lo último, los medios pacifistas en la solución del conflicto coreano. Teme que los medios coercitivos y violentos exasperen a Peiping y a Moscú, y alejen definitivamente a la China roja del contacto con las NN. UU. Una ruptura

violenta con el comunismo crearía para ella situaciones muy difíciles. Es, por lo tanto, esta posición muy natural dada su peligrosa posición geográfica en las fronteras mismas del dominio soviético.

Lo que no admite fácil explicación es la actitud inglesa ante el bloque ruso y sus satélites. Le falta decisión y energía en sus determinaciones. ¿Estará ofuscada por el alucinante color del disco rojo? ¿No verá con claridad el futuro de las naciones antagónicas y querrá hacer a su vez, el papel de amortiguadora? Lo cierto es que no se define con claridad, y que no sale de su enmarañada encrucijada. Da la impresión de un gigante que se tambalea y que no acaba de asentarse en sus nuevas posturas.

Esta actitud es muy peligrosa y delicada, porque con ello pierde la confianza de los que están a su lado, sin librarse de la odiosidad de los que tiene en frente. Las indecisiones más que ayudar, estorban. Que muestre simpatía por la China Roja, es indudable. Ella, Inglaterra, después de haber reconocido el régimen rojo de China, se ha constituido en la gran patrocinadora de la idea de admitirlo dentro del seno de las NN. UU. Más aún, quiere que se les entregue a los rojos, en bandeja de plata, sin disparar un tiro, el estratégico bastión de Formosa. Cree todavía que con más y más concesiones va a satisfacer el ansia devoradora de expansión casi consustancial a la esencia misma del comunismo.

La política de apaciguamiento con el Zar ruso ha fracasado en toda la línea. Esta política no ha hecho más que acarrear disgustos y sinsabores, sin resolver uno siquiera de los muchos y graves problemas planteados continuamente. Se ve claro que, con galanterías y coqueteos, se va a la deriva y al fracaso. La única razón poderosa para Rusia es la fuerza. Esto, se dirá, es una sinrazón, ¿pero acaso el comunismo se guía por la razón? En la mente comunista se concibe únicamente la filosofía de la fuerza.

Y si no, ¿qué se ha sacado del bloque soviético después de cinco años de flirteo con José Stalin? En resumidas cuentas nada, o mejor dicho, la convicción de que hemos estado perdiendo el tiempo en las aspiraciones de conseguir la paz mundial. Al cabo de seis años de reuniones, consultas, conferencias y demás dimes y diretes, vemos con dolor que la esperada paz se va alejando, y en su lugar está invadiendo al mundo una histérica psicosis de guerra y de temor.

Rusia no quiere la paz, a Rusia no le conviene la paz.

De los compromisos adquiridos en los tratados de la postguerra ha hecho, con el mayor descaro, tabla rasa. Los convenios y ajustes de Yalta y Postdam han sido papel mojado. Y Polonia y Hungría, y Checoslovaquia y Rumanía y Bulgaria y Albania gimen bajo el temor más brutal después de haberse comprometido a que, al cabo de un tiempo determinado, se celebrarían elecciones libres. Las elecciones fueron el asalto al poder por los partidos comunistas de los citados países, al amparo de los cañones y tanques rusos.

Los continuos esfuerzos de las naciones unidas por restaurar la paz en el mundo y establecer la normalidad los ha bloqueado y sabotado el comunismo, sin piedad. Descaradamente se negó a la unión de Corea bajo el control de las NN. UU. Los tristes sucesos posteriores han demostrado las aviesas intenciones que ya desde entonces tramaba. Está boicoteando el tratado de paz con el Japón. Los implementos bélicos empleados en los campos de Corea vienen de los arsenales rusos. Todo el mundo sabe que un gesto displicente de Stalin atemorizaría a los soldados coreanos y obligaría a someter su litigio a los representantes de la ONU. Pero ese gesto no se hace. Si la China roja se muestra arrogante y altanera, des-

preciando las insinuaciones de paz que se le hacen, es porque sabe que sus espaldas están bien guardadas por el poderoso Zar. A nadie se le escapa de dónde vienen los aprestos y las armas para los insurrectos de la Indochina, en donde tanta sangre joven y oro está perdiendo la nación francesa. Y el mismo Irán, en otras circunstancias internacionales, ¿se hubiera atrevido a desafiar al orgullo y a la economía inglesa, nacionalizando sus inagotables pozos petrolíferos? ¿No habrá en todo este asunto algún influjo de la sombra fatídica del coloso vecino?

Después de todo esto decimos que no se explica la política inglesa de apaciguamiento con Rusia y su favoritismo con la China Roja.

Al llegar al punto, permítasenos un pequeño paréntesis. ¿Qué verá de ventajoso el Laborismo inglés en el régimen de Pekín sobre el régimen de Madrid, para patrocinar al uno y rechazar tan tenazmente al otro? Recordemos dos hechos. Mr. Churchill afirmó paladinamente, en pleno parlamento, que Inglaterra agradecía al Gobierno de Madrid la ventajosa neutralidad que había observado durante la Segunda Guerra Mundial, gracias a la cual, los aliados habían podido concentrar una imponente escuadra al alcance de los cañones españoles, y así poder efectuar el gigantesco desembarco en las costas norafricanas. Inglaterra hará todo lo posible para que España ocupe en la post-guerra un lugar preeminente, como le corresponde, en la política del Mediterráneo, aun a costa del sacrificio francés. Esto prometió el jefe del Gobierno inglés.

El segundo hecho es el siguiente. El terrible bombardeo, sin declaración de guerra, de la fragata inglesa Amethyst en el Río Azul por parte de los ejércitos victoriosos de Mao-Tze-Tung. ¿Cuántos marinos perdieron la vida en aquel brutal asalto? Ignoro el número exacto, pero sé que fueron muchos. Y si la fragata se salvó al fin, fué debido a la pericia y valentía de su tripulación.

Después de ponderar estos dos hechos júzguese la conducta seguida por el Laborismo inglés con los regímenes de Madrid y de Peiping. Hemos hecho esta pequeña digresión porque la creemos oportuna y necesaria para poder enjuiciar mejor la política exterior del gobierno inglés.

Y ahora sigamos con el hilo de nuestro comentario. Inglaterra, a pesar de lo expuesto hasta aquí, se muestra renuente ante toda medida coercitiva y punitiva contra la China Roja. Tengamos presente, para mayor extrañeza del lector, que también en Corea están cayendo a centenares los expedicionarios del ejército inglés. Por lo visto hay intereses de por medio que se aprecian más que la sangre de la juventud inglesa y que se estiman más que el exigir una reperación adecuada por el agravio de la enseña patria en aguas del Río Azul. ¿No serán estos intereses los dos mil millones de dólares en que se calculan las inversiones de Inglaterra en el Celeste Imperio?

Es verdad que el Laborismo, en el asunto de las sanciones para con los agresores de Corea, va cediendo algo, y que, a la postre, ha impuesto algunas a los satélites del Comunismo internacional; mas todo esto no creemos que se deba a iniciativa propia, sino a la presión de las Naciones Unidas, y sobre todo a la enérgica actitud tomada por los EE. UU.

No dudamos que, en medio de todo este enmarañado asunto hay intereses materiales de por medio, porque los intereses espirituales y morales no aparecen por ninguna parte. ¿Será temerario nuestro juicio?

Al sureste de la China y casi pegado a ella, hay un peñón estratégico, Hong-Kong, gema preciosa de la imperial corona inglesa, y el último eslabón de la vital

y trascendente cadena que, partiendo de la capital metropolitana y haciendo escalas en Gibraltar, Malta, Port-Said, Adem, Singapur, termina en el citado peñón, base de la expansión inglesa en el Lejano Oriente. ¿Girará en torno al histórico peñón la actitud política inglesa? Puede ser que sí. Un pequeño dato. He aquí unas palabras de Drew Pearson: "Pero el más sorprendente escándalo de la guerra coreana es la corriente de productos británicos que son enviados a China desde Hong-Kong. Mientras los soldados norteamericanos caen en los campos de Corea, los comerciantes británicos se hacen millonarios de la noche a la mañana". (Prensa Gráfica n. 12803, San Salvador).

Esta política utilitarista, si es que existe, nos parece suicida. En primer lugar porque esta indecisión inglesa pone en peligro la perfecta compactación que hay que salvar, a toda costa, entre las naciones propugnadoras de la verdadera paz; y en segundo lugar porque sería una candidez pensar que, una vez caído todo el Oriente bajo el influjo comunista, iban a respetar ese último baluarte de la Corona Británica, en las mismas puertas de una China soviетizada.

A nuestro juicio hay otra causa de discrepancia más grave y profunda entre el Laborismo inglés y las naciones occidentales. Este partido, por la concepción filosófica de la vida que propugna y sostiene, está mucho más cerca del comunismo que de los otros partidos llamados centro-derecha. De manera que ideológicamente y por su misma esencia tiende hacia la izquierda. Por lo tanto, si ahora lo vemos virar hacia la derecha, no es por convicción doctrinal ni por simpatía hacia ella. Esto se lo impide la doctrina materialista que profesa. De todo esto se infiere que su unión con el resto de Europa será siempre precaria, y se apoyará o en el interés utilitario, o en el temor de las fatales consecuencias que le pueden sobrevenir si cae bajo la órbita comunista, o si lleva hasta lo último la implantación de su crudo sistema político social. El Laborismo con el Capitalismo nunca irán acordes, a no ser que, como en las circunstancias actuales, tengan en frente al enemigo común.

Además de todas esas discrepancias de carácter general, el Laborismo ha dado otra nota, también discordante, en el concierto de las naciones europeas. Ha bloqueado y saboteado, con tesón digno de mejor causa, el alentador plan Schuman, considerado por los críticos políticos y por los peritos en economía como la única solución para dirimir, de una vez y para siempre, las eternas rencillas y mutuos resquemores de la ya empobrecida y recelosa Europa.

Inglaterra se ha opuesto a ello desde el principio. Por su actitud no parece desear esta unión económica tan suspirada por los más. ¿Pensará que todavía ha de recobrar el puesto directivo y de control en su auspiciada política de balancín con respecto a Europa? ¿O quizá no le parecerá digna de tenerse en cuenta por no haber sido iniciativa de un cerebro inglés?

Esas aspiraciones, en nuestros días, son difíciles de conseguir. El amor propio y el espíritu nacional está muy exaltado en todas partes. Además, tengamos en cuenta que el sol de Inglaterra ya declina. Y las naciones del continente europeo están dispuestas a componer sus problemas sin necesidad de someterse a extrañas tutelas, ni a tolerar imposiciones de nadie. Si viene a nosotros, se dicen, se le recibirá como amiga y cooperadora, no como nación mandamás. ¿Quizás es el egoísmo lo que le impide el apearse de su preponderancia secular para tratar con las naciones de igual a igual? El siglo de oro de las naciones tiene su cenit del que tarde o temprano se comienza a descender. La historia así nos lo dice. Y en este momento crítico de la humanidad, son otras las naciones que rigen los destinos del mundo.

Sea de esto lo que sea, es cierto que Inglaterra ha dado la nota discordante en el concierto europeo, y aunque su abstención no echa por la borda al plan fran-

cés, sí lo debilita, y retrasa con ello una solución anhelada, y en la que se conciben grandes esperanzas de paz y de bienestar para la afligida Europa.

Con miras egoístas difícilmente se solucionan los problemas que hoy agobian al viejo mundo. Los laboristas ingleses, con ribetes de matizado comunismo, están sin duda más preocupados en llevar a cabo la socialización de las islas, que en la solución conjunta de los problemas del continente occidental. En esto, según creo, se equivocan. Ha llegado el tiempo, por razón de las circunstancias históricas presentes, de ceder en lo particular para conseguir con más seguridad el bienestar universal.

El mundo se ha reducido de tal manera, que resulta suicida el encastillarse dentro de los miopes nacionalismos. A la medida que el mundo se achica, el hombre se universaliza más y más; de ahí que las soluciones universales son las que mejor han de resolver nuestros problemas. Hoy día los raquitismos políticos llevan a la muerte. A los problemas europeos hay que darles una solución europea, y no una solución francesa, ni inglesa, ni alemana, aunque para ello haya que hacer sacrificios particulares y concesiones dolorosas. En pura lógica el bien universal se ha de sobreponer al bien particular. Este es el camino que tiene que seguir Inglaterra y el que debemos seguir todos los hombres.

B. Muruzábal, S.J.

* * *

COLABORAN EN ESTE NUMERO:

B. MURUZABAL.—Colegio Externado San José, San Salvador.

A. LANDARECH.—Colegio Externado San José, San Salvador.

ANGEL MARTINEZ, S.J.—Seminario Central, San Salvador.

JOSEPH LEDIT, S.J.—25 Rue Farry Quest, Montreal (14) Canadá.

Mons. PLANTIER.—Hospital San Miguel, San Miguel.

El único nuevo en este número de ECA es **LUIS GALLEGOS VALDES.**—Crítico fino, buen gustador de todo arte en la esencia de todo arte que es la poesía, en cualquier forma que venga. Tiene buen ojo crítico y por eso su primer libro de Críticas reunidas, que pronto podremos leer, se llama **TIRO AL BLANCO.**